

La historia de los niveles de vida en Inglaterra, 1200-1800. Problemas y enfoques

Christopher Dyer

Los historiadores ingleses dedicados a la historia agraria se han interesado tradicionalmente más por la producción que por el consumo. Nos hemos preocupado por temas como las técnicas agrícolas, el trabajo, los cultivos y las relaciones entre los productores y los propietarios de las tierras. Recientemente ha habido una serie de iniciativas relativas al estudio de los niveles de vida, llevadas a cabo más a menudo por los historiadores de la sociedad y de la vida urbana que por aquellos implicados en el estudio de la economía agraria. Lo que quiero hacer en este escrito es someter a examen algunos de los avances que se han hecho, tanto por lo que se refiere al período 1500-1800, como al período que conozco mejor, la baja edad media, subrayando cuando sea posible su relevancia para la historia agraria, y luego señalaré algunas vías adicionales que hace falta explorar.

Hay un aspecto de los niveles de vida que no se puede presentar como nuevo: la teoría, comúnmente asociada con el nombre de Thomas Malthus, de que las fluctuaciones de la población estaban conectadas con los niveles de vida, y de que después de un período de crecimiento demográfico las crisis alimentarias reducían el número de bocas que debían ser alimentadas, aligerando por un tiempo la presión del exceso de población. En la Inglaterra preindustrial hubo hambrunas graves en 1315-18, 1437-40, y una serie de años de escasez en el siglo XVI, que culminaron a finales de la década de 1590. Algunos historiadores han asociado el final de la expansión de la población y el comienzo de un período de declive y estancamiento, que tuvo lugar

Artículo recibido en redacción: Julio de 1997 Versión definitiva: Enero de 1998. Traducción de Jordi Pascual.

Christopher DYER es Profesor de Historia Medieval en la School of History de la Universidad de Birmingham. Dirección para correspondencia: School of History, University of Birmingham - Edgbaston, Birmingham, B15 2TT - U.K.

en los siglos XIV y XVII, con las crisis de tipo malthusiano. Es más, esta idea fue uno de los estímulos para que los historiadores se interesaran por la investigación acerca de los niveles de vida.

Aquellos que se han ocupado principalmente de los primeros siglos del período moderno han argumentado con cierta energía que las crisis malthusianas no fueron un factor fundamental en su período. Los episodios de crisis de mortalidad que afectaron a muchas comunidades se atribuyen más al efecto de las enfermedades epidémicas que al hambre. Quizá haya cierto espacio para el debate acerca de que las poblaciones de las regiones de tierras altas del norte y el oeste del país, con su limitada capacidad de cultivar grano y su dependencia de los cultivos de siembra primaveral, como la avena, para los que no había un sustituto más barato, eran vulnerables a las malas cosechas. Pero esto no era cierto para las regiones del sur, el este y el centro, con sus trigales extensivos, donde vivía la mayoría de la población. Estas regiones se beneficiaron de un largo período de aumento de la productividad agrícola, y en particular del rendimiento por persona, que se puede asociar con el aumento del tamaño de las unidades de producción¹.

Las mejoras en la red de distribución -mercados y transportes- supusieron que los alimentos se pudieran trasladar con mayor facilidad y que se redujeran los efectos de las escaseces. Cuando estos cambios se combinaron con mejores condiciones de almacenamiento, las fluctuaciones violentas de los precios de los alimentos fueron menos probables.

Los datos directos relativos al nivel de vida, en particular las series de salarios y precios, se han reinterpretado. El método tradicional de calcular los salarios reales ha sido la utilización de índices procedentes de los precios de los jornales, y los precios registrados en los libros de cuentas de las instituciones, como los *colleges* de Oxford y Cambridge. Hoy, cuando se reconstruyen los ingresos, los precios de los jornales se consideran sólo una parte de la visión de conjunto. Es necesario tener enteramente en cuenta el abanico de ingresos disponibles para cada familia, incluyendo la contribución que hacían las esposas y los hijos. De la misma manera, el precio al por mayor del trigo o la carne de vaca no sea la guía más precisa para conocer los gastos de las familias que compraban su comida, como el pan, en forma elaborada. Si tenemos en cuenta estos factores, las poblaciones asalariadas no nos parecen tan pobres como antes, y, de hecho, la proporción de población que se consideraba vulnerable ante las malas cosechas ha disminuido en los cálculos de los historiadores modernos. Por ejemplo, los trabajadores con menos ingresos, los criados, recibían buena parte de su paga en forma de comida, de modo que mientras conservaban el empleo estaban protegidos del hambre. Incluso los Indigentes, que carecían de un trabajo pagado con regularidad, hoy se contemplan como beneficiarios de un sistema de ley de pobres que se basaba en la recaudación de contribuciones de cada comunidad aldeana².

¹ APPLEBY (1978); WALTER Y SCHOFIELD (1989).

² RAPPAPORT (1989); SOLAR (1995); NIELSEN (1997).

Las estructuras demográficas impedían que se crearan, a largo plazo, presiones debidas a un crecimiento excesivo de la población. En circunstancias económicas adversas, como las que prevalecieron alrededor de 1600, el matrimonio tardío y la reducida fertilidad aseguraban que no hubiese demasiadas bocas que alimentar, de modo que la sociedad se sustraía a los severos controles malthusianos con sus aumentos catastróficos en la mortalidad asociada al hambre ³.

En 1300 el tamaño de la población inglesa -estimado entre 5 y 7 millones- era el mismo que en el siglo XVII y principios del XVIII, por lo que ha sido fácil representarse un número creciente de personas enfrentadas a una pobreza desesperada. Se dice que a veces se veían obligados por las circunstancias a cultivar tierras pobres y a introducir pocas innovaciones técnicas. Se argumenta que, en muchos casos, ocupaban explotaciones inadecuadas para sostener a una familia, y se podía esperar que pagaran un parte sustancial de sus ingresos en forma de arrendamiento e impuestos. Sus problemas culminaron en la Gran Hambre de 1315-17 y en la caída de la población bastante antes de la llegada de la Peste Negra de 1348-9 ⁴. No obstante, también se han construido diversos argumentos revisionistas para criticar la interpretación malthusiana de este período. Aunque hubo una elevada mortalidad en la Gran Hambre, ya no creemos que la gente muriese masivamente después de cada cosecha insuficiente. Tampoco podemos aceptar la idea de que una tecnología agrícola estática impedía aumentos en la productividad que permitiesen seguir el ritmo del crecimiento de la población. Se han aplicado las teorías de Esther Boserup a regiones con elevadas densidades de población, como algunas zonas de East Anglia, y se ha puesto de manifiesto que el uso de abundantes contingentes de mano de obra permitían un cultivo intensivo con poca frecuencia de barbechos y que arando, pasando la grada y escardando con frecuencia se obtenían rendimientos comparables con los del siglo XVIII. Por consiguiente, el reducido tamaño de las explotaciones, hasta una hectárea por familia o menos, no empujaba el nivel de vida hasta situaciones de hambre ⁵.

Al igual que los historiadores del primer período de la edad moderna descubrieron para aquel momento un régimen demográfico de "baja presión" que permitía que los niveles de población se ajustasen a las circunstancias económicas, los estudios de los sistemas familiares medievales han argumentado que los campesinos, los artesanos y los asalariados de los siglos XIII y XIV sólo se casaban cuando la pareja tenía medios para sostenerse. Tendían a casarse tarde, y una buena proporción de ellos permanecían solteros. La gente joven pasaba muchos años, mientras eran adolescentes y adultos jóvenes, trabajando como criados y ahorrando para casarse. Pero los datos para fundamentar este enfoque no son de ningún modo conclusivos ⁶.

³ WRIGLEY Y SCHOFIELD (1981): 457-484.

⁴ POSTAN (1972).

⁵ HARVEY (1991): 7-9; CAMPBELL Y OVERTON (1993).

⁶ SMITH (1979); POOS (1991); GOLDBERG (1992) dan un avance de este enfoque. Entre los críticos recientes se incluyen RAZI (1993) y BAILEY (1996).

Los campesinos de las tierras bajas de Inglaterra, si se enfrentaban con la escasez de alimentos, podían recurrir, incluso en el siglo XIII, a los granos más baratos en lugar del trigo y el centeno que acostumbraban a comer. Cuando el hambre era muy acuciante, si habían agotado el crédito de sus vecinos (era relativamente fácil pedir prestado dinero o grano) podían vender parte de su tierra para pagar la comida ⁷.

No hace falta decir que estas revisiones más bien optimistas de la interpretación malthusiana de la crisis del siglo XIV no han conseguido una aceptación generalizada, sobre todo si tenemos en cuenta que nos enfrentamos al duro hecho de que en la Gran Hambre murieron medio millón de ingleses. La población como conjunto, una vez que había sido reducida a la mitad hacia 1380, se mantuvo en este bajo nivel, el mismo que en el siglo XI, hasta alrededor de 1540. Algunos historiadores "neomalthusianos" invocan los efectos continuados de las epidemias ⁸, dado que esta evolución no concuerda con el supuesto malthusiano de que después de una caída de la población, ésta debería recuperarse numéricamente. Muchos historiadores siguen sin estar convencidos de que las interpretaciones malthusianas, antimalthusianas o neomalthusianas aborden algunos de los problemas fundamentales de los niveles de vida o de los cambios sociales y económicos en general. Todavía no comprendemos de forma adecuada como se conectan estas fluctuaciones con los cambios en los señoríos y las obligaciones de los campesinos hacia sus señores, o con la influencia del mercado que creció en el siglo XIII y ya no disminuyó a partir de entonces.

Para resumir esta parte de la discusión, si tuviésemos que suscribir las ideas malthusianas sin revisión, el problema que plantea el nivel de vida sería relativamente simple. Se podría suponer que una elevada proporción de la población vivió a un nivel de subsistencia. La investigación acerca del nivel de vida consistiría en calcular que proporción de la población tenía pequeñas explotaciones o eran asalariados no cualificados que no se podían alimentar en los años de mala cosecha. Se supondría que la mayor parte de la población consumía una dieta de cereales, en muchos casos los granos más baratos como la avena. El grano ocuparía una elevada proporción del presupuesto de comida, el 50 por ciento o más. Y el coste de la comida habría sido con mucho el gasto más importante, dejando unos recursos limitados para gastar en otros bienes como combustible, alojamiento o manufacturas. En una sociedad con niveles de vida tan pobres, no sólo la comida sino los aperos, muebles y otras cosas necesarias se habrían producido en casa, siempre que fuese posible, reduciendo de este modo las oportunidades para los artesanos especializados.

Varios historiadores sostienen esta severa visión de la sociedad preindustrial, pero un enfoque equilibrado tanto de la sociedad bajomedieval como de la de principios de la edad moderna no concuerda con ella. En primer lugar, cualquier estudio de las jerarquías sociales dentro de los pueblos o las ciudades revela la existencia de campesinos con explotaciones medianas y grandes o artesanos y comerciantes con ingresos sustanciales, que variaban en número pero siempre constituían una minoría

⁷ SCHOFIELD (1997); CAMPBELL (1984).

⁸ HATCHER (1986).

de tamaño considerable. Los problemas de privaciones y hambre se reducían a un sector social específico ⁹.

En segundo lugar, hoy se considera que la población urbana era más numerosa, invariablemente más numerosa, de lo que antes se creía. Esto depende de que se incluyan en el cálculo numerosas poblaciones, es decir, lugares que servían como centros de comercio y manufactura, con muy pequeña implicación en la agricultura, aunque tuviesen menos de 2.000 habitantes, y que en muchos casos proporcionasen medios de vida sólo para unos pocos cientos de personas. Junto con Londres y las ciudades mayores constituían casi el 20 por ciento del total de la población a finales de la edad media, y bastante más en las centurias siguientes, en especial con el espectacular crecimiento de Londres. Mucha gente de las ciudades vivía en la pobreza, ya fuera contando con los ingresos intermitentes de ocupaciones escasamente remuneradas, o viviendo como marginales que dependían de las limosnas, los préstamos o los beneficios de actividades ilícitas. Pero incluso en el caso de que no comiesen de forma regular y saludable, una sociedad que podía alimentar a una quinta parte de su población, que poca cosa hacía para producir su propio sustento, debe haber sido capaz de producir de forma regular un excedente de alimentos por encima de las necesidades de subsistencia de la población rural. Al sector urbano se deberían añadir aquellos miles de trabajadores industriales, empleados en actividades como la manufactura textil o la extracción de mineral, que a menudo tenían acceso a pequeñas explotaciones, o simplemente a ninguna ¹⁰.

En tercer lugar, el volumen de los sectores urbanos e industriales apunta hacia la existencia de un amplio mercado para los bienes manufacturados y comercializados. Tantas manos no pueden haber sido empleadas en su totalidad en la producción de bienes de lujo para una pequeña élite local y ultramarina. Las relaciones de bienes que se fabricaban -que incluyen los textiles más baratos, los productos de piel, como zapatos y guarniciones, los productos de hierro y de latón para utensilios cotidianos y herramientas, los materiales de construcción- indican que iban dirigidos a satisfacer las necesidades de un amplio espectro de consumidores. Los inventarios y otras pruebas directas de las posesiones de los campesinos y los asalariados muestran que esos bienes se compraban y se usaban en los hogares corrientes ¹¹.

En cuarto lugar, la historia de las viviendas ha demostrado que se daba una renovación constante en un contexto de edificios de materiales duraderos construidos por artesanos especializados. Durante un tiempo se creyó que los edificios rurales habían cruzado el "umbral" desde la temporalidad a la permanencia en algún momento entre 1400 y 1600, dependiendo de la región. Hoy nos damos cuenta de que hacia 1300 se construían ya edificios duraderos para los campesinos, y que a partir de aquel momento se produjeron una serie de "reconstrucciones", según la región, en las que un amplio espectro de la sociedad dedicaba buena parte de sus presupuestos a la compra de materiales y el empleo de trabajadores cualificados ¹².

⁹ RIGBY (1985): 69-76, 152-158.

¹⁰ DYER (1995A).

¹¹ DYER (1991): 216-223.

¹² DYER (1994A): 133-165.

En quinto lugar, la producción de alimentos muestra que la dieta no se reducía en modo alguno a los cereales consumidos en forma de pan, tortas de avena o potajes. Aunque se daba prioridad a los cultivos, la ganadería era progresivamente más productiva, en especial en las regiones del norte y el oeste, que eran poco adecuadas para el cultivo extensivo de cereales. La gran proporción de tierras dedicadas al pastoreo a principios del período moderno llamó la atención de los visitantes continentales, y contrariamente a la importancia que siempre se ha asignado a las ovejas y a la lana, el ganado que proporcionaba leche y carne ocupaba siempre un lugar prominente. Buena parte de la producción cultivada no tenía como destino la confección de pan y potajes, sino la provisión de malta para la elaboración de cerveza. Durante el período que va de 1300 a 1800 la elaboración y la venta de cerveza ocupaban a una considerable cantidad de mano de obra. A principios del período esta actividad tenía lugar en las casas de las cerveceras, más tarde las cervecerías operaron a una escala más comercial. No se hubiese producido cerveza en una sociedad que se enfrentase al hambre, puesto que la elaboración de cerveza suponía un uso derrochador del grano, en el que se perdía su valor calorífico. Tanto la cerveza ligera como la de mayor grado alcohólico ¹³ eran bebidas nutritivas, pero su consumo era una actividad placentera, conectada con otras formas de ocio ¹⁴. Además, buena parte de la cosecha de granos no la consumía la población, sino que estaba destinada a alimentar a los animales. Este era el uso principal de diversas legumbres - como los guisantes, las judías y arvejas- que figuraban entre los cultivos más importantes.

Esta visión de conjunto de la economía preindustrial plantea un problema, o una serie de problemas, del método histórico. Existe una experiencia casi universal de que cualquier cálculo del nivel de vida basado en los datos indirectos de los salarios, los precios y la productividad agrícola tiene como resultado una visión pesimista de las vidas de privación de la población que se estudia. Las estimaciones de los presupuestos campesinos basados en la tenencia de tierra de la que se sabe que disponían, y la probable productividad de esta tierra, conducen a menudo a la conclusión de que una familia no podría haber sobrevivido. Un cálculo mostraba que, alrededor de 1300, una familia apenas se hubiese mantenido viva con 6 hectáreas. ¡Y sin embargo la mayoría de las familias ocupaban explotaciones de 1 a 5 hectáreas! El trabajo sobre los salarios reales pone de manifiesto que los trabajadores no cualificados vivían tiempos difíciles en los períodos de cosecha normal y precios moderados de los alimentos, pero en algunos períodos -no sólo en los años excepcionales- como en las décadas cercanas a 1300, o el final de los siglos XVI y XVII, no podemos decir cómo esa desafortunada gente mantenía unidos el alma y el cuerpo. Pero aunque deberíamos estar hallando miseria por todas partes, la gente cuyos presupuestos familiares hemos investigado no sólo sobrevivía, sino que en apariencia adquiría zapatos y vestidos nuevos, compraba cerveza e incluso jugaba. Muchas relaciones directas del consumo de alimentos muestran que se comían grandes cantidades,

¹³ En Inglaterra se distingue entre *ale* y *beer*, la primera es una cerveza ligera mientras que la segunda tiene mayor grado alcohólico. (N de la T)

¹⁴ BENNETT (1996): 122-144.

como los soldados escoceses en 1639 cuyas provisiones les hubiesen proporcionado 3.358 calorías por persona y día ¹⁵.

Un relato parecido se desprende de un trabajo reciente sobre el abastecimiento de alimentos a la ciudad de Londres en 1300. Los investigadores calcularon la cantidad de grano necesaria para alimentar a un habitante de Londres, y definieron la región de la cual se obtenían las provisiones para 80.000 ciudadanos. Pero cuando la estimación se extendió a todo el país, la capacidad productiva de la tierra resultó ser incapaz de proveer lo suficiente para una población de 5 a 7 millones ¹⁶. Uno de los historiadores implicado en el proyecto se pregunta hoy si las cifras de población están equivocadas, y propone en consecuencia que la cifra se revise a la baja hasta 4 millones o cualquier cifra que requiera el cálculo de la provisión de alimentos. Pero esto no puede ser convincente, porque la estimación de la población se basa en última instancia en los datos irrefutables de los impuestos por cabeza. Éste es sólo un ejemplo más de un fenómeno mejor descrito como el “vacío de la subsistencia”.

Se han apuntado varias formas de rellenar el “vacío de la subsistencia”. No hay duda de que las cifras que utilizamos pueden ser poco exactas: quizá la gente del pasado pudo haber tenido distintas exigencias en términos de calorías, en relación a su estatura y actividades. En general, eran bastante más pequeños, y no trabajaban de forma tan intensiva como los trabajadores manuales de la actualidad ¹⁷. Tampoco podemos estar seguros de que los modernos análisis de los alimentos se puedan aplicar a los distintos tipos de pan, cerveza y carne que se comían en el pasado. Pero nuestros errores aritméticos y nuestros datos deficientes deberían destruirse mutuamente, y hasta hoy parecen inclinar las pruebas sólo en una dirección.

Otra línea de argumentación es que subestimamos los ingresos preindustriales. Las entradas de la familia completa quedan excluidas de los cálculos de los salarios reales, que se basan en el precio de la retribución de los trabajadores masculinos adultos. Los salarios de las mujeres y los niños, el alquiler que pagaban los huéspedes, el producto de algún pequeño pedazo de tierra subarrendado a algún vecino podían transformar las circunstancias de una familia. Un elemento importante a tomar en consideración debe ser la “economía del *cottage*”, practicada por los pobres según algunos escritores comprensivos del siglo XIX, que presumiblemente fue una práctica extendida en siglos anteriores. La “economía del *cottage*”, conocida también como “economía de la improvisación”, se refiere a la explotación de cualquier fuente de ingresos posible, como por ejemplo la venta de pequeñas cantidades de productos del huerto, como verduras o miel, o los recursos disponibles en los pastos comunales y los bosques comunales, como combustible, frutos, nueces, juncos, etc. Los derechos comunales como el de recoger las espigas de cereal que han quedado en los campos después de la siega se explotarían por completo. Los *cottagers* habrían tenido unos hábitos de consumo muy frugales, guardando alimentos cuando estos eran abundantes, criando un cerdo que convertiría los desechos en carne comestible,

¹⁵ GIBSON Y SMOUT (1995): 251.

¹⁶ CAMPBELL, GALLOWAY, KEENE Y MURPHY (1993): esp. 76-77.

¹⁷ STROUD (1994): 435-437; WOODWARD (1995): 128-130.

ahorrando y reciclando a cada oportunidad. No dejarían escapar ninguna oportunidad de obtener ingresos a pequeña escala ¹⁸.

También las prácticas de empleo remuneraban mejor a los asalariados de lo que sugieren los precios diarios de los jornales, puesto que muchos patronos daban comidas, bebidas y otro tipo de complementos y permitían a sus trabajadores quedarse con los gajes: un carpintero, por ejemplo, podía coger las astillas y los recortes de madera. La práctica de tomar como criados en las casas a los hijos de los vecinos contribuía a aligerar la presión sobre los pequeños arrendatarios y a equilibrar las relaciones entre los recursos del pueblo, y su población.

Tal vez también subestimemos el alcance y la eficacia de la caridad, porque buena parte de la ayuda se daba de forma privada a través de las comidas gratuitas u otros pagos en especie. Ciertamente, las cuentas de las casas aristocráticas ponen de manifiesto que los oficiales, el séquito y los criados de los grandes señores o monasterios recibían cantidades de comida muy superiores a las que se podía esperar que consumieran, y gran parte del excedente se debía distribuir de forma no oficial entre las familias de los criados o de manera oficial a los pobres de la localidad ¹⁹.

Aunque estas sugerencias sólo suponen una pequeña contribución para llenar el "vacío de la subsistencia", la conclusión importante que emerge de los estudios recientes acerca de los niveles de vida preindustriales debe ser que una proporción considerable de la población podía gastar dinero en productos que no eran imprescindibles para su subsistencia, y ejercer cierta selección de los bienes y servicios que compraba. A los investigadores modernos se les presenta un tema de cierta complejidad, que les exige investigar unas pautas diversificadas de comportamiento con respecto al consumo.

Aquellos que se dedican a la historia agraria se ven obligados a hacer algunas afirmaciones acerca de las pautas de consumo de la población rural. ¿En qué medida los propietarios de diversos tipos, los granjeros, los campesinos y los jornaleros practicaban el autoconsumo o hacían uso del intercambio para aprovisionar a sus propias familias? ¿De qué cantidad de excedente disponían estos diferentes grupos para permitirles comprar otros bienes distintos de los alimentos? ¿Cuáles eran sus prioridades: ahorrar e invertir, disfrutar del ocio o consumir? ¿Qué determinaba sus pautas de consumo: la costumbre, la búsqueda de posición social, la moda? Pero a la vez que tenemos en cuenta el nivel de vida de los habitantes de las zonas rurales, es necesario que tengamos en cuenta los efectos de las demandas del mundo exterior sobre su producción. Los cambios en la demanda de cereales y productos animales influían en la toma de decisiones de los granjeros, y tenían que adoptar diferentes estrategias de producción para sacar partido de los movimientos de precios y los costes del trabajo. Por ejemplo, la crianza de ganado era doblemente ventajosa para los productores en períodos de alza del nivel de vida, porque la demanda de carne era elevada y su producción requería menos trabajo. Quizá no le prestemos suficiente

¹⁸ LEVINE (1987): 19-21, 67-69.

¹⁹ HARVEY (1993): 7-33.

atención a la forma en que los productores rurales han debido responder a las preferencias más sutiles de los clientes, por variedades concretas de queso, por ejemplo, o hasta qué punto los clientes eran conscientes de las diferentes calidades de sabor de las diversas razas de ganado. Durante un tiempo se creyó que la especialización regional, que fue moldeada por los distintos tipos de demanda, se desarrolló más tarde, pero hoy nos damos cuenta de que existió como elemento desde el siglo XIII en adelante. Aunque casi cada hacienda y explotación campesina cultivaba una mezcla de cosechas y combinaba la tierra labrantía con los pastos, a menudo desarrollaban distintas tendencias, favoreciendo el trigo o la cebada, por ejemplo, o combinando la producción de cereales con la de leche y queso en un distrito, mientras que en otro se criaban cerdos, dependiendo tanto de los factores de producción, como la calidad del suelo, como de las facilidades de transporte y la proximidad de los mercados urbanos ²⁰. El tamaño de las ciudades tenía grandes consecuencias para la producción y contribuía a promover cambios, por ejemplo, cuando después de 1350 los habitantes de las ciudades, aunque disminuyeron en número, bebían más cerveza y aumentaron su consumo de carne.

El concepto que se ha formulado con mayor precisión dentro del estudio de los niveles de vida y de consumo ha sido la idea de una "revolución del consumo" a finales del siglo XVII y durante el siglo XVIII. Vale la pena examinar los argumentos que se han dado para justificar esta idea, y algunas de las críticas que se han hecho al concepto ²¹.

Los historiadores han observado la gran expansión de la variedad de bienes de consumo vendidos y el incremento de las compras durante este período. Los inventarios que se hacían después de la muerte muestran de forma precisa y detallada el número y el valor de las posesiones de la persona muerta, y estas listas contienen a menudo la cantidad de mobiliario de buena calidad y describen el aspecto de objetos de lujo, como espejos y relojes, en las casas de gente completamente corriente, tanto en el campo como en las ciudades. Las industrias proporcionaban bienes de mejor calidad, como loza y porcelana finas y una mayor variedad de tejidos. Los tejidos de algodón, el té, el café y el azúcar se importaban siempre en mayores cantidades.

Cambiaron las actitudes hacia este tipo de adquisiciones. La desaprobación moral por extravagancia se contuvo y se alabó incluso el gasto pródigo en lujos, por su contribución al empleo y a la prosperidad general. Un sentido nuevo de lo privado y del individualismo hizo que las familias se sintiesen orgullosas de sus posesiones y estilo de vida. Los orígenes del nuevo consumismo se hallaban en los cambios sociales. Las clases medias, e incluso las que estaban por debajo de ellas, que no sufrían ya las restricciones de las convenciones sociales, estaban ansiosas de emular la forma de vida de sus superiores. Esto desató una cadena de comportamiento social competitivo. Cuando un grupo observaba que sus inferiores adoptaban el estilo de vida y adquirían los bienes materiales que antes sólo ellos disfrutaban de forma exclusiva, buscaba diferenciarse adoptando algún nuevo lujo o moda. Londres contaba

²⁰ CAMPBELL, BARTLEY Y POWER (1996).

²¹ MCKENDRICK, BREWER Y PLUMB (1982); BREWER Y PORTER (1993); WEATHERILL (1988); GLENNIE (1990).

con la mayor concentración de consumidores y creadores de moda, así la gente de provincias se sentía estimulada a seguir los modelos que la capital proporcionaba. Las mujeres, que contribuían a los ingresos familiares, tomaban decisiones acerca del consumo, y sus gustos y aspiraciones dieron a la revolución parte de su impulso. En esta época se establecieron los mecanismos del consumismo moderno: las tiendas al por menor, los anuncios y las demandas constantemente cambiantes de la moda, todo apareció durante el siglo XVIII.

No se ha establecido de forma totalmente clara con qué medios pagaban los consumidores todos estos bienes, pero un argumento es que la productividad agrícola aumentó y abarató los alimentos y, por consiguiente, dejó disponible una capacidad de gasto para bienes de consumo distintos de la comida.

Se pueden hacer distintas críticas a la idea de la "revolución del consumo", la más importante de las cuales es una variante del "vacío de la subsistencia" que ya hemos mencionado, porque es difícil reconciliar el aumento del gasto, que se afirma que afectó a toda la sociedad, con las pruebas de cambios en el ingreso. Por ejemplo, se argumenta que los precios de los tejidos sufrieron una baja de larga duración a principios del período moderno. Esto era bueno para los consumidores, pero no para los productores de estos bienes, que se debieron ver imposibilitados de participar en el aumento del consumo debido a sus reducidos ingresos²². No podemos estar seguros de que un aumento en la cantidad y variedad de bienes en los inventarios demuestre un aumento del gasto en este tipo de productos. Si las tazas y los platos de cerámica duradera reemplazaron la madera, que debía renovarse cada pocos años, el gasto a largo plazo se debe haber reducido. Algunas de las sustituciones en los alimentos, como beber té en lugar de cerveza, deben haber reducido a la larga los gastos familiares²³.

Los críticos han visto en la hipótesis de la "revolución del consumo" la influencia de una interpretación optimista "*Whig*" de la historia, cuyos adeptos están predispuestos a contemplar cada época como una mejora de su predecesora, y en particular a saludar cada desarrollo como una extensión de los beneficios de la civilización a un círculo social cada vez más amplio. En el caso del siglo XVIII, en particular, dichos historiadores están quizá demasiado dispuestos a aceptar las opiniones de los contemporáneos -a menudo, londinenses acaudalados- que detectaban y alababan la subida de la marea del consumo y que hacían caso omiso del empobrecimiento de sectores de la fuerza de trabajo y de las otras sombrías características de su sociedad.

Otras visiones alternativas del consumo en este período incluyen el reconocimiento de una corriente prudente y sensata en las actitudes hacia la economía, que criticaba el gasto manirroto de algunos y prefería invertir su dinero o incluso darlo para obras de caridad. Aunque la "revolución del consumo" tiene mucho que ver con los símbolos de posición social y la adquisición de bienes de consumo para objetivos nada prácticos, quienes estudian la historia agraria, con los pies firmemente en el

²² SHAMMAS (1994).

²³ DE VRIES (1993).

suelo, pueden señalar el enorme gasto que se hizo en el siglo XVIII en la construcción de casas de labranza, cercados y otras mejoras técnicas, ganado y equipamiento. Los edificios nuevos y sólidos y los paisajes cercados en formas geométricas bien proporcionadas pudieron tener sus aspectos simbólicos, pero sobre todo tenían una función productiva útil.

Los antropólogos son críticos con la idea de que la adquisición y la propiedad de bienes se pueda interpretar sencillamente en términos de posición social y de emulación. En este aspecto los protagonistas de la “revolución del consumo” están influidos por las teorías del “consumo de ostentación” de Veblen, y la idea de que el uso de los bienes “penetra por goteo” en todas las categorías sociales. Los antropólogos ven las posesiones materiales como una forma de comunicación no verbal, pero los mensajes que transmiten no son invariablemente afirmaciones de superioridad social, o de movilidad social. Algunos bienes, como las armas que se exhibían en las paredes de un salón aristocrático, o incluso el mismo salón, se mantuvieron hasta mucho después de que hubiesen pasado de moda, porque habían adquirido una “patina” de tiempo y enviaban señales sobre la antigüedad y la estabilidad del viejo orden aristocrático. Algunos actos de consumo, como las fiestas de la cosecha, o los repartos de regalos, estaban destinados a ocultar las distinciones sociales y a unir a la gente en el respeto y las obligaciones mutuas y la deferencia. Las élites no siempre buscaban exhibir su riqueza y provocar la envidia, porque esto podía conducir a una ruptura de la armonía social e incluso a la violencia. Buscaban formas de controlar y desviar la envidia, no de cultivarla²⁴. Debemos tener cuidado de no atribuir a la gente del pasado motivos y actitudes para los cuales no hay pruebas claras. Por ejemplo, si la esposa de un granjero compra telas o muebles que normalmente se encuentran en la casa de la *gentry*, se le puede suponer un cierto grado de imitación, pero no podemos dar por supuesto que la compra fuese motivada por la emulación, lo que sugeriría algún tipo de deseo de rivalizar o suplantar a la clase superior a través de la posesión de bienes²⁵.

Tal vez la crítica más enérgica a la “revolución del consumo” se dirija a la afirmación de que tuvo lugar en el siglo XVIII más que en cualquier otro período. ¿Por qué se debería considerar que el consumismo es una característica especial de este período y no del siglo XIX, cuando la clase media victoriana adquiría incluso mayores cantidades de bienes materiales, y la búsqueda de posición social y la emulación eran incluso más rampantes? O ¿por qué no se debería situar en los siglos XVI y XVII con sus “laboriosas revoluciones” de manufacturas a pequeña escala, situadas a menudo en las zonas rurales, que satisfacían la demanda creciente de encaje o medias de punto o sombreros de paja? Los estudiosos de la economía y la sociedad de la edad media son muy sensibles, como cabía esperar, a la “afición por la periodización” en la que se complacen los protagonistas de la “revolución del consumo”. Un escritor describe como “cómicamente exagerada” la afirmación de que en la alta edad media se produjo un rápido crecimiento del comercio; otro hace un comen-

²⁴ DOUGLAS Y ISHERWOOD (1996); McCracken (1990):13, 41-43.

²⁵ McCracken (1990): 6.

tario acerca de los "extraordinariamente pocos bienes" que poseían las gentes medievales; y un tercero pone también el acento en el "vacío medieval".

La baja edad media es sólo un "vacío" en el conocimiento de algunos historiadores del período moderno. Desde luego, el período tuvo su carácter específico, pero hay algunas similitudes notables con el mundo de la producción y el consumo en los siglos posteriores. Es cierto que en el siglo anterior a la Peste Negra -entre 1250 y 1350- la mayoría de la población la constituían campesinos con explotaciones que oscilaban entre 1 y 12 hectáreas de extensión. En su forma de vida y sus actitudes podemos reconocer muchas de las características que existen entre los campesinos de todas partes, un grado de autosuficiencia que suponía que la mayor parte de su comida procedía de su propia explotación. También gran parte del trabajo que se requería para el cultivo procedía de sus propios recursos, es decir, de la familia. Su subordinación social obligaba a muchos a entregar a sus señores una elevada proporción de su excedente de trabajo, cada vez más en forma de dinero. Incrementaron su seguridad al asociarse con otros campesinos en comunidades aldeanas, pero debían renunciar inevitablemente a parte de su independencia. Eran prudentes, reticentes a hacer innovaciones, y evitaban el riesgo. Se preocupaban por conservar el bienestar de sus familias, intentando conseguir tierra, cuando era posible, para los hijos que se veían privados de su parte de la explotación familiar, debido a las costumbres relativas a la herencia, y cuidaban de los ancianos por medio de acuerdos de retiro que les proporcionaban una parte del producto de la explotación²⁶.

En este panorama, estos campesinos conservadores, atados como estaban en restrictivas relaciones con sus familias, sus vecinos y sus señores, todavía ganaban un ingreso considerable procedente del mercado, o al menos tenían capacidad de obtenerlo aquellos que poseían explotaciones de 6 o más hectáreas. No todo su dinero en efectivo se lo tragaban las rentas y los impuestos, y gastaban el resto en casas, ropas, utensilios y otros bienes. La tupida red de mercados y pequeñas ciudades que se había desarrollado a finales del siglo XIII por todas las zonas del país les proporcionaba tanto una salida para sus ventas, como una fuente de suministro para sus compras. En particular las ciudades pequeñas, que ofrecían poco de lo que los ricos deseaban comprar, negociaban con los bienes corrientes y baratos que necesitaban los campesinos. Podemos aventurar la cifra de que alrededor de la mitad del sector urbano y comercial se dedicaba a cubrir las necesidades de consumo de los compradores rurales de las clases más bajas. No hace falta decir que las rentas que iban a manos de los señores, y los beneficios del comercio que generaba la comercialización del campo, ayudaron a expandir el gasto consumista de las minorías aristocrática y urbana. Después de la Peste Negra el número de consumidores se redujo, pero la capacidad de consumo de los supervivientes aumentó. La depresión comercial de mediados del siglo XV no debería ensombrecer el crecimiento que experimentó la producción de paños y de otras industrias que satisfacían las demandas de un amplio sector de la sociedad.

Se pueden establecer algunas comparaciones en muchos sentidos entre las

²⁶ HILTON (1975): 3-53 en especial; DYER (1994B); RAZI (1981); SMITH (1991).

pautas de consumo del período 1300-1500 y las de los tres siglos siguientes. El tamaño del sector urbano y la eficacia del sistema transporte tierra adentro no sufrieron transformaciones importantes hasta después de 1750. La expansión del mercado local fue un factor tanto antes como después de 1500. La tienda urbana en la que se podía comprar cada día, y no sólo cuando se celebraba el mercado semanal, estaba en funcionamiento desde el siglo XIV. El sistema de seguridad social, que contribuyó a impedir el hambre generalizada después de la Gran Hambre, se basaba en la “caja común” de la parroquia, que se introdujo de manera informal a finales de la edad media, y luego se institucionalizó por ley bajo los Tudor ²⁷.

Incluso se pueden comparar las mentalidades. Los campesinos medievales y los habitantes de las ciudades medievales tenían un fuerte sentido de la comunidad y del orgullo local que les llevaba a gastar mucho dinero en la construcción de edificios para el uso comunal, como iglesias y ayuntamientos. Pero todavía tenían dinero de sobra para sus casas individuales. Su sentido de la distinción entre lo público y lo privado se manifiesta en la compra, por parte de los campesinos, de arcones seguros en los que guardar sus posesiones y en la provisión de puertas con cerradura de sus casas. Lejos de ser conformistas, y de aceptar el orden social convencional, los campesinos emergen de los detalles de su comportamiento cotidiano registrados en los archivos de los tribunales, como incansables, peleones y dispuestos a defender sus derechos. Se puede observar emulación, o al menos imitación, en las casas campesinas cuya habitación principal era un salón, una versión en pequeña escala de los que construía la aristocracia. Cuando los aristócratas adoptaron en la corte real un nuevo estilo de vestir, con ropas más ceñidas, a mediados del siglo XIV, los campesinos lo siguieron después de un cierto tiempo. Incluso podemos encontrar, en un poema de 1352, el sentimiento de que los ricos deberían gastar con el fin de distribuir su riqueza y crear empleo. Con más frecuencia en los pueblos del siglo XV podemos encontrar las ideas puritanas acerca de la necesidad de disciplina social y de control sobre el comportamiento de los pobres. Se repite a menudo la opinión de que los trabajadores asalariados medievales preferían el ocio a los ingresos elevados y, por tanto, dejaban de trabajar cuando habían ganado suficiente dinero para cubrir sus limitadas necesidades. Pero no podemos suponer que el ocio era una opción extendida en toda la sociedad. Algunas comunidades aldeanas, que reflejaban las actitudes de los campesinos más ricos, intentaban limitar los deportes que eran una pérdida de tiempo, y ordenaban a los trabajadores que se retirasen a la cama a una hora decente ²⁸.

Algunos autores afirman que el consumo (en su variedad de ostentación) se concentraba en manos de la aristocracia, y que, a través del control que ejercían sobre el resto de la sociedad, por medio de las leyes suntuarias, los órdenes más bajos veían severamente limitada la cantidad de bienes que podían adquirir. En realidad los señores tenían poderes limitados y en retroceso. Podían impedir que los campesinos compraran productos de lujo exigiéndoles rentas elevadas, pero éstas se volvieron menos onerosas después de la Peste Negra, cuando desapareció la ser-

²⁷ KOWALESKI (1995): 183-187; DYER (1994B):415-416.

²⁸ DYER (1991):117-118, 225-226; McINTOSH (1986); DYER (1995B): 299-302.

vidumbre y las rentas y otras cargas fueron abolidas o reducidas. Las leyes suntuarias fueron una última resistencia desesperada contra la movilidad social de los órdenes bajos, que demostró ser totalmente ineficaz. La fluidez social y la competitividad que se han identificado para el siglo XVIII fueron anticipadas en la centuria posterior a 1350.

Las lecciones que podemos aprender de esta visión de un amplio lapso de tiempo que se extiende entre los siglos XIII y XVIII no es que la historia no cambia, sino que es peligroso atribuir a un solo período procesos que se extendieron a lo largo de varios siglos. Debemos precavernos de encontrar que, como en el caso del "sur-gimiento de la clase media", la revolución comercial tuvo lugar en todos los siglos de historia registrada y, con el fin de evitar una generalización débil y sin significado como esta, es mejor enfocar las investigaciones en temas específicos que nos ayuden a identificar tendencias generales y a mostrar cuándo se aceleró o se ralentizó el ritmo del cambio.

Propongo cuatro puntos para la investigación futura:

1. Debemos ser muy cuidadosos a la hora de aplicar generalizaciones a sociedades enteras, que estaban demasiado estratificadas para permitirnos hablar de crisis malthusianas universales o de revoluciones del consumo. Deberíamos intentar identificar de forma más precisa exactamente qué grupos sociales eran vulnerables a las malas cosechas, teniendo en cuenta las diversas categorías de propietarios y arrendatarios, las diferentes ocupaciones y los estadios en el ciclo de vida. Un objetivo a largo plazo sería hacer una estimación de las proporciones de consumidores pobres y adinerados y mostrar cómo fueron cambiando a lo largo de los siglos. Necesitamos establecer la importancia relativa de las crisis externas, como los episodios de mal tiempo, y las debilidades internas de la sociedad y la economía, que creaban las circunstancias que conducían a las crisis de subsistencia. Sobre todo, debemos reconocer el problema que he denominado el "vacío de la subsistencia" y encontrar formas de explicar las incoherencias de nuestros datos.
2. Se debe explorar el "mundo de los bienes de consumo" utilizando los enfoques de los antropólogos que sugieren la insuficiencia de conceptos como "consumo de ostentación", "símbolos de posición social" y emulación. Los bienes de consumo eran funcionales, e indicaban una posición social, pero también podían ocultar una serie de significados adicionales. El consumo no sólo involucraba el ejercicio de elección en la adquisición de bienes, pero también un conjunto de decisiones acerca del ahorro, la inversión, el bienestar y otros usos de los recursos.
3. Para evitar las excesivas pretensiones de aquellos que insisten en la candidatura de un período como portador de cambios más importantes que otro, es necesario desarrollar una metodología que nos permita trazar las tendencias de los niveles de vida a largo plazo. Y debemos estar preparados para resistir las tendencias *Whiggish* y para aceptar que algunos períodos presenciaron el deterioro del bienestar y el declive del consumo, al menos para algunos sectores de la sociedad.
4. El estudio de los niveles de vida tiene que ver, de forma natural y lógica, con las

condiciones materiales, pero es necesario que los historiadores hagan afirmaciones sobre asuntos no materiales que nos ayudan a contemplar la comida, los vestidos y la vivienda en un contexto. En este sentido, las condiciones de trabajo, en qué medida la gente tenía control sobre su propia vida, su sentido de la seguridad, todo requiere nuestra atención. De la observación de los siervos ingleses, por ejemplo, se desprende que, a pesar de que disfrutaban de una cierta prosperidad material, resentían sin embargo las condiciones de su sujeción -habitualmente más teóricas que prácticas- a los dictados de otros.

Los niveles de vida y las pautas de consumo merecen ocupar una posición central en las preocupaciones de los historiadores especializados en la agricultura, porque este terreno de estudio nos proporciona perspectivas únicas de la economía y la sociedad del pasado. Estos estudios no sólo tienen la capacidad de permitirnos apreciar las formas en que se utilizaba la producción agrícola, también nos ayudan a ver la producción agrícola de un modo nuevo, el modo en que los campesinos, los granjeros y los propietarios reaccionaban a las presiones de los consumidores. Deberíamos escapar también a la dicotomía entre el consumidor urbano y el productor rural, y aprender más acerca de los mismos campesinos y granjeros como consumidores que intentaban satisfacer sus propias necesidades a la vez que respondían a las demandas de la población no rural. En su inicio, el estudio del consumo debe ocuparse de cuestiones materiales, pero una comprensión completa del tema exige investigación en las ideas y la mentalidad.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- APPLEBY, A. B. (1978): *Famine in Tudor and Stuart England*, Stanford, Cal.
- BAILEY, M. (1996): "Demographic decline in late medieval England: some thoughts on recent research", *Economic History Review*, 49, pp. 1-19.
- BENNETT, J. M. (1996): *Ale, beer, and brewsters in England. Women's work in a changing world, 1300-1600*, Nueva York y Oxford.
- BREWER, J. y PORTER, R. (eds.) (1993): *Consumption and the world of goods*, Londres.
- CAMPBELL, B. M. S. (1984): "Population pressure, inheritance and the land market in a fourteenth-century peasant community", en R. M. SMITH (ed.), *Land, kinship and lifecycle*, Cambridge, pp. 87-134.
- CAMPBELL, B. M. S. ; GALLOWAY, J. A. ; KEENE, D. Y MURPHY, M. (1993): *A medieval capital and its grain supply: agrarian production and distribution in the London region c. 1300*, Historical Geography Research Series, nº 30.
- CAMPBELL, B. M. S. Y OVERTON, M. (1993): "A new perspective on medieval and early modern agriculture: six centuries of Norfolk farming c. 1250- c. 1850", *Past and Present*, 141, pp. 38-105.
- CAMPBELL, B. M. S.; BARTLEY, K. C. Y POWER, J. P. (1996): "The demesne farming systems of post-Black Death England: a classification", *Agricultural History Review*, 44, pp. 131-179.

- DE VRIES, J. (1993): "Between purchasing power and the world of goods: understanding the household economy in early modern Europe", en J. BREWER Y R. PORTER (eds.), *Consumption and the world of goods*, Londres, pp. 85-132.
- DOUGLAS, M. Y ISHERWOOD, B. (1996): *The world of goods. Towards an anthropology of consumption*, Londres.
- DYER, C. (1991): *Niveles de vida en la edad media*, Barcelona.
- DYER, C. (1994a): *Everyday life in medieval England*, Londres.
- DYER, C. (1994b): "The English medieval village community and its decline", *Journal of British Studies*, 33, pp. 407-429.
- DYER, C. (1995a): "How urbanized was medieval England?", en J. M. DUVOSQUEL Y E. THOEN (eds.), *Peasants and townsmen in medieval Europe. Studia in honorem Adriaan Verhulst*, Ghent, pp. 169-183.
- DYER, C. (1995b): "Leisure among the peasantry in the later middle ages", en *Il tempo libero. Economia e societa*, Istituto internazionale di storia economica "F. Datini", Prato, pp. 291-306.
- GIBSON, A. J. S. y SMOUT, T. C. (1995): *Prices, food and wages in Scotland, 1550-1780*, Cambridge.
- GLENNIE, P. (1990): "Consumption within historical studies", en D. MILLER (ed.), *Acknowledging consumption*, Londres, pp. 164-203.
- GOLDBERG, P. J. P. (1992): *Women, work and life cycle in a medieval economy: women and work in York and Yorkshire c. 1300-1520*, Oxford.
- HARVEY, B. F. (1991): "Introduction: the 'crisis' of the early fourteenth century", en B. M. S. CAMPBELL (ed.), *Before the Black Death: studies in the crisis of the early fourteenth century*, Manchester, pp. 1-24.
- HARVEY, B. F. (1993): *Living and dying in England, 1100-1540: the monastic experience*, Oxford.
- HATCHER, J. (1986): "Mortality in the fifteenth century: some new evidence", *Economic History Review*, 2ª serie, 39, pp. 19-38.
- HILTON, R. H. (1975): *The English peasantry in the later middle ages*, Oxford.
- KOWALESKI, M. (1995): *Local markets and regional trade in medieval Exeter*, Cambridge.
- LEVINE, D. (1987): *Reproducing families. The political economy of English population history*, Cambridge.
- MCCRACKEN, G. (1990): *Culture and consumption. New approaches to the symbolic character of consumer goods and activities*, Bloomington and Indianapolis.
- MCINTOSH, M. K. (1986): "Local changes and community control in England, 1465-1500", *Huntington Library Quarterly*, 49, pp. 219-242.
- MCKENDRICK, N.; BREWER, J. y PLUMB, J. H. (1982): *The birth of a consumer society. The consumer in eighteenth-century England*, Londres.
- NIELSEN, R. (1997): "Storage and English government intervention in early modern grain markets", *Journal of Economic History*, 57, pp. 1-34.
- POOS, L. (1991): *A rural society after the Black Death: Essex, 1350-1525*, Cambridge.
- POSTAN, M. M. (1972): *The medieval economy and society*, Londres.
- RAPPAPORT, S. (1989): *Worlds within worlds. Structures of life in sixteenth-century London*, Cambridge.
- RAZI, Z. (1993): "The myth of the immutable English family", *Past and Present*, 140, pp. 3-44.

- RIGBY, S. H. (1995): *English society in the later middle ages. Class, status and gender*, Basingstoke y Londres.
- SCHOFIELD, P. (1997): "Dearth, debt and the local land market in a late thirteenth-century village community", *Agricultural History Review*, 45, pp. 1-17.
- SHAMMAS, C. (1994): "The decline of textile prices in England and British America prior to industrialization", *Economic History Review*, 47, pp. 483-507.
- SMITH, R. M. (1979): "Some reflections on the evidence for the origins of the 'European marriage pattern' in England", en C. HARRIS (ed.), *The sociology of the family*, *Sociological Review monograph* 28, pp. 74-112.
- SMITH, R. M. (1991): "The manorial court and the elderly tenant in late medieval England", en M. PELLING Y R. M. SMITH (eds.), *Life, death and elderly*, Londres, pp. 39-61.
- SOLAR, P. (1995): "Poor relief and English economic development before the Industrial Revolution", *Economic History Review*, 48, pp. 1-22.
- STROUD, G. (1994): "Demography and variation", en J. M. LILLEY et al., *The Jewish Burial Ground Jewbury*, York Archaeological Trust, 12, fasc. 3, pp. 427-449.
- WALTER, J. y SCHOFIELD, R. (1989): *Famine, disease and the social order in early modern society*, Cambridge.
- WEATHERILL, L. (1988): *Consumer behaviour and material culture in Britain, 1660-1760*, Londres.
- WOODWARD, D. (1995): *Men at work. Labourers and building craftsmen in the towns of northern England, 1450-1750*, Cambridge.
- WRIGLEY, E.A. Y SCHOFIELD, R. (1981): *The population history of England, 1541-1871. A reconstruction*, Cambridge.